—¡Cómo! ¿qué es esto? ¿viene V. á disputarme la vez aquí tambien?

—No, amigo mio, vengo á abrazar á V., vengo á darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad..... lea V..... lea V..... y me dió á leer un pedacito de papel, en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«*Esta noche..... á las nueve..... dos golpecitos á la puerta..... fidelidad, amor y secreto.*

—¿Y qué tiene que ver con.....

—Detras del espejo del baño..... ¿qué quiere V.? ¡el amor!..... éste es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me extraño de que V. tuviera tal interes.

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el *secreto.*

—¡Ah! pero entre amigos íntimos.....

—Tiene V. razon, señor de..... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño; encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!..... creia no encontrarme en Madrid..... Por fin, me metí en el agua y..... callé.

(Agosto de 1835.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros, que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mujeres presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya, ni por asomo, el Prado de 1808, ni áun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto; no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan hoy más vuelo, más movimiento á la fantasía; en esto, como en otras cosas, se observa el espíritu innovador del siglo, y

nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera.—El sombrero era ántes un adorno puramente de córte; como los uniformes y las grandes cruces, *imprimia carácter;* no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente á una señora *de coche;* y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Únicamente saliendo al campo por temporada la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. — Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas por el terciopelo, aquéllas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡Profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explayarme, limitaréme á indicar lo más sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar la familia de mi

amigo D..... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable, y á una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4.000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fuí llamado para conferenciar *en familia.* Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela Politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que, no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando ménos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el extranjerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se habia retirado á descansar, y las damas, madre é hija, se hallaban regañando á la sazon con una modista sobre el córte de ciertos vestidos y sombreros que traia á prueba; apénas hicieron alto en mí; de manera que, miéntras duraba aquella *polémica,* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con éste luégo que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas; atencion que respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura) tenía todo el carácter de la más fina galantería.

—¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma expresion, los mismos modales, el mismo metal de voz..... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!

—Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.—

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista; el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero, sobre todo, me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente; con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Ábrese ésta, y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que, con su papá y hermanos, venía á saludar al recien venido (tambien su pariente) y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde..... ¡Ah!..... se me habia olvidado que era lúnes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pié; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo

su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza, y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recien venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre, en temór y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luégo que tendria que hacer los mismos oficios con la hija.—Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni miéntras la funcion, ni al tiempo del regreso fué posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos; y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caba-

llero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros; un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand, no dudaria en compararla *á la vírgen de los primeros amores.*

Mas..... ¡oh *fuerza del sino*, ó más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia más adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pié; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja, y una cara..... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas, á anublarse; yo, á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi explicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda é irresistible impresion era á favor de Paquita; y argumentándole, como buen amigo, en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar *de su mantilla.*

(Setiembre de 1835.)

A PRIMA NOCHE.

Fama es general, y áun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido más lato de esta palabra; generosos y áun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, exposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los países del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con más garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el más precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo*, equivale á perderle, en cualquiera lengua, y un ligero paseo por